

Marcos 15:21-23, Llevando su cruz

Introducción: La primera vez que el Señor Jesús anunció su muerte a los discípulos, el apóstol Pedro tomó al Señor Jesús aparte y le reconvino para que esto no le aconteciera, pero la respuesta del Señor fue *“¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”*, y le dijo a todos *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”* (Mr. 8:31-34). Ahora él está tomando su cruz, está siendo llevado para ser crucificado, y asume la cruz con entereza, dando sentido a lo que significa llevar su cruz. Espero que la familiaridad que usted tiene con este relato bíblico no le impida asombrarse de la grandeza de la obra de Jesús, y que hoy se pueda asombrar del gran amor del Señor, y de la gracia que le da a usted como su seguidor para que entienda lo que es vivir ***llevando su cruz***. Teniendo esto en mente veamos a lo luz del pasaje lo que ocurrió y lo que aprendemos de ello.

I. Uno es obligado a llevar la cruz

Marcos inicia el relato de la crucifixión señalando que los soldados obligaron a uno que pasaba a llevar la cruz de Jesús. Debemos entender que por lo menos han pasado 15 horas desde el arresto de Jesús hasta entonces, y lleva ese tiempo siendo enjuiciado, escarnecido, interrogado, cruelmente azotado y burlado. Físicamente debía estar totalmente agotado, sin fuerza alguna para cargar un poste de madera sobre el cual él mismo sería colgado, aunque por un trayecto, del cual Marcos no menciona directamente, Jesús llevó su cruz tal como afirma Juan en su evangelio, Jn. 19:17. Marcos escribe a su audiencia directa en Roma, señalando que entre su comunidad están los hijos del hombre que tuvo el privilegio de “ayudar” a Cristo a llevar su cruz. Los soldados obligaron a un hombre que venía del campo a llevar la cruz, ejerciendo su autoridad de exigir a cualquiera algún servicio público. No sabemos si este hombre era un agricultor al decirse que venía del campo, lo que sabemos es que era de una región lejana, fuera de la nación de Israel, pero que estaba durante la fiesta en Jerusalén, muy seguramente un judío más que subió a la fiesta religiosa que se celebraba. Pero este hombre tiene un encuentro inesperado con Cristo, y sin proponérselo, es participante de los padecimientos de Cristo, y por un trayecto lleva el peso de la cruz en la que sería muerto aquel que daba la vida por su pueblo. Tuvo que haber impactado de tal manera la vida de este hombre, el hecho de haber cargado la cruz de Cristo, el haber visto a Cristo padeciendo, que definitivamente no pudo hacer otra cosa que creer en Jesús, al punto que años más tarde su nombre quedaría consignado en los relatos evangélicos para que se recuerde en todo el mundo lo que Dios le permitió. Pero no solo él fue impactado por Cristo en este momento, lo fue también su familia, sus hijos llegaron también a la fe, y podemos asumir lo mismo de su esposa, el texto nos permite concluir que los hijos de este hombre eran conocidos por los destinatarios originales del evangelio de Marcos, de modo que de toda esta familia podía decirse, era escogida del Señor, tal como afirmó luego el apóstol Pablo, Rom. 16:13. Los misterios del Señor son insondables, por esta cruz, trajo toda una familia a la fe, y esa familia se recuerda hoy después de muchos años, porque su cabeza llevó la cruz del Señor. Por esa misma cruz tú y yo hemos sido atraídos a Cristo al igual que toda su iglesia en todos los tiempos. Tal vez no de buena gana al principio, pero seguro después consideró el gran privilegio que le dio el Señor Jesús de padecer también por su causa. Cristo está siendo llevado al martirio, llevando su propia cruz, su instrumento de muerte, pero por este mismo instrumento, atrayendo a muchos hacia él. ¿No te atrae Cristo por sus padecimientos, no entiendes que padeció por ti, y te da la capacidad de morir cada día al pecado aunque esto sea doloroso para ti?, ¿deseas más a Cristo que a tus propios

afectos, Is. 53:2?, ¿qué tanto deseas a Cristo?, ¿estás dispuesto a llevar su cruz?, ¿estás dispuesto a dejar tu orgullo de pelear con tu conyugue para hacer valer tus opiniones o deseos en lugar de amarle y respetarle como te manda el Señor?, ¿amas tanto a Cristo que estás dispuesto a sujetarte a tus padres, a tus empleadores o las autoridades que Dios te ha puesto, aunque puedan ser difíciles de soportar?, ¿amas más a Cristo que a tus pecados, y por Cristo estás dispuesto cada día a morir a esos deseos pecaminosos que te atraen y te pueden alejar del Señor?, ¿qué pueden ver tus familiares y la generación que te sigue de la obra de Cristo en tu vida?. Tal vez al principio no llevemos la cruz de buena gana, pero si comprendemos que Cristo fue la muerte para darnos vida, nada puede entonces ser más valioso que Cristo, y podemos identificarnos con él en su muerte, muriendo cada día a nuestros pecados.

II. El Señor fue llevado para ser crucificado

En segundo lugar, el relato nos dice que el Señor fue llevado para ser crucificado en un lugar especial, un lugar donde solían realizar la ejecuciones de los grandes delincuentes sentenciados a muerte. Jesús fue llevado para ser crucificado

A. A un lugar de muerte

Se llamaba lugar del cráneo o de la calavera. El solo nombre es aterrador. Un lugar de ignominia y vergüenza para los condenados, un lugar donde se hacía evidente el castigo por los crímenes. Y en este caso, un lugar donde el Santo cordero de Dios era sacrificado por los pecados de todo su pueblo. Pero Jesús fue llevado a un lugar de muerte para que tú sepas que aunque andes en valle de sombra de muerte no debes temer mal alguno, porque Cristo, que es tu buen pastor, está contigo; para que sepas y descanse en que nada ni nadie te puede separar de su amor, ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada (Rom. 8:38-39). De esto puedes tener plena certeza cada día que mueres al pecado, cada día que te niegas a ti mismo y así tomas tu cruz y sigues a Cristo, quien padeció en un lugar de muerte.

B. Fuera de la ciudad como los sacrificios por el pecado

Dios estableció que el sacrificio por el pecado debía quemarse por completo fuera del campamento, señalando que Dios alejaba el pecado de su vista, para limpiar a su pueblo de todos sus pecados, de modo que así que como nos llama el autor de la epístola a los Hebreos, corramos a Cristo, llevando su vituperio, Heb. 13:11-13. Cristo es nuestro sacrificio por el pecado, el sacrificio perfecto que quita todos nuestros pecados y nos hace perfectos delante de Dios, entonces no nos detengamos con las cosas de este mundo, no nos enredemos con los deseos pecaminosos de este mundo pasajero, y corramos a Cristo, corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, despojándonos del peso del pecado porque Cristo ya pagó por él. Corramos a Cristo cada día, valoremos su sacrificio cada día, despertemos pensando en la cruz de Cristo y regocijémonos en tan gloriosa salvación. No nos de miedo padecer por Cristo, porque él ya padeció por nosotros para hacernos perfectos para Dios su Padre, él fue llevado para ser crucificado

C. Como cordero al matadero

Así cumplió la profecía de Isaías que ya hemos leído en repetidas ocasiones, como cordero fue llevado al matadero, voluntariamente se sujetó a padecimiento, con la esperanza de la promesa de Dios de ser levantado después de poner su vida en expiación, en pago por los pecados de todo su pueblo. Corramos a Cristo con la esperanza que nos salvará de todos nuestros pecados, aún de aquellos con los que seguimos luchando y de los cuales a veces somos vencidos. Corramos a Cristo con la esperanza que así como él fue levantado de entre los muertos, nosotros también lo seremos un día y ya no tendremos más nada que ver con el pecado, y nunca más ofenderemos a nuestro Rey, Señor y Salvador. Dejemos de quejarnos, entristecernos o desanimarnos por tener luchas ahora, por ser sometidos a llevar nuestra propia cruz, Simón no dijo nada, al menos no se dice que haya renegado o que haya dicho cualquier cosa, simplemente llevó la cruz, y luego vio a Cristo crucificado en esa cruz que él ayudó a llevar, y pudo entender que también por él mismo Cristo fue a la cruz, y toda su familia también pudo creerlo y ser salvos. Solo miremos a Cristo, no a nuestras luchas, solo miremos a la cruz de Cristo, su instrumento de muerte que para nosotros ha traído vida eterna.

III. El Señor asumió la cruz con entereza

Esto nos lleva a nuestro tercer punto. El Señor asumió la cruz con entereza. ¿Cómo asumes tu cruz?. El Señor Jesús sigue demostrando a pesar de su dolor y agotamiento físico, que estaba totalmente convencido de la promesa del Padre, que estaba totalmente resuelto a realizar la voluntad del Padre, que es agradable y perfecta, Heb. 10:5-10. Cristo asumió la cruz con entereza

A. No rechazó el dolor

No dijo, “no veo que esta voluntad de Dios sea agradable y perfecta porque me ha causado mucho dolor, mucha aflicción, muchas burlas y menosprecios, ¿por qué me tengo que aguantar esto?”, como tal vez solemos hacer nosotros. No, Jesús no hizo eso. No se amedrantó ante la multitud que vino a arrestarlo, no apoyó a Pedro en su intento de defender al maestro sacando una espada, no rogó que el Señor una legión de ángeles para que lo defendieran y cambiaran su situación, tampoco vio la muerte como esperanza para finalizar sus sufrimientos, ni atribuyó a Dios despropósito alguno, puesto que su vida estaba en las manos de Dios y él había venido a hacer su voluntad, a buscar su gloria. Tú y yo, no hemos nacido para otra cosa, no tenemos una finalidad mayor que glorificar a Dios, en todo lo que somos y vivimos, y gozarnos en él para siempre. Las pruebas por lo general vienen acompañadas de dolor, pero debemos gozarnos en aquel que está con nosotros en medio de la prueba, en aquel pasó victorioso la prueba de cumplir perfectamente la voluntad de Dios durante toda su vida, y llevar la paga del pecado de todo su pueblo para que su pueblo no tuviese que pagar. El Señor asumió la cruz con entereza

B. Mantuvo su juicio cabal

Nos dice el verso 23 de nuestro texto, que le dieron a beber una mezcla tal vez narcótica o analgésica, pero él no la quiso tomar. No trató de evadirse de la realidad que estaba viviendo, del dolor que estaba soportando y que soportaría aún en la cruz a la hora de llevar la condena del

pecado que el Padre cargaría sobre él. Esa mezcla amarga de vino con mirra o con hiel como dice Mateo, no le permitiría tener su juicio cabal en la cruz, y aunque los que se lo brindaron hubiesen querido mitigar o adormecer su dolor, él no lo quiso, para mostrar que su sacrificio debía ser completo, perfecto, él se ofrecía enteramente en alma y cuerpo, en una completa dedicación como ofrenda expiatoria a Dios. Hoy nosotros no necesitamos dar a Dios ofrenda expiatoria, porque como cantamos, “Cristo nuestra ofrenda es”, pero somos llamados a ofrecernos a Dios por medio de Cristo, como un sacrificio vivo, santo, agradable, que es nuestro culto racional. Somos llamados a ofrecernos por completo en servicio a nuestro Dios en lo que vivimos, pensamos, anhelamos, decimos y hacemos, aun cuando en medio de esto haya dolor, y la realidad del sufrimiento que no podemos evadir. Nuestro sufrimiento y pena jamás serán como las de Cristo, pero en nuestras penas y en nuestro dolor, sabemos que no estamos solos, y podemos cantar, “*Día en día Cristo está conmigo, me consuela en medio del dolor. Pues confiando en su poder eterno, no me afano ni me da temor. Sobrepuja todo entendimiento la perfecta paz del Salvador. En su amor tan grande e infinito me dará lo que es mejor*”.

C. Se sometió a la muerte

Una palabra más, Cristo asumió con entereza la cruz pues se sometió a la muerte voluntariamente, no se apuso a ser llevado para ser crucificado, simplemente fue al lugar de muerte para someterse a la muerte como paga del pecado que él estaba llevando en lugar de su pueblo, Rom. 3:23. Y lo hizo con la entereza requerida de su misión bendita, pues Dios, “*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*” (2. Cor. 5:21). ¿No te asombra esto?, ¿acaso al escucharlo cada vez, no aumenta tu asombro ante ese maravilloso y grande amor de Dios?, ¿por qué a veces tomamos el evangelio como si nada?, ¿por qué a veces nuestro cristianismo es tan superficial que no pasa de ser un conjunto de rituales religiosos que celebramos cada ocho días, o cada vez que nos parece adecuado hacerlo?. Si Cristo se sometió a la muerte para darnos vida, ¿cómo no estar nosotros dispuestos a morir a nosotros mismos, a nuestros pecados por amor a aquél que nos ha salvado?

Conclusión: Hermanos amados, sabiendo que Cristo llevó su cruz, y nos hace partícipes de sus padecimientos cuando nos permite sufrir por su causa y nos hace morir al pecado; sabiendo que él fue llevado para ser sacrificado pagando en nuestro lugar, y que asumió la muerte con entereza, ¿no deberíamos volvernos a Dios en arrepentimiento por no querer llevar nuestra propia cruz, por no querer llevar la cruz de Cristo que nos identifica con él como aquellos que están muertos al pecado pero vivos para Dios?, ¿no deberíamos decir Oh Señor, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos?, ¿no deberíamos correr a Cristo para que nos deje ver lo grande de su cruz, lo grande, profundo y ancho de su amor?. Oremos a Dios.